



Ciudad

La ciudad como un símbolo de poder: fragmentos para un ensayo de Bogotá

Arturo Cifuentes Toro
Docente
Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central



La posmodernidad es la condición humana que llega después de que la gente deja de creer en las grandes promesas hechas por las ideologías modernas: después de que se niegan a seguir creyendo, por ejemplo, que el socialismo traerá igualdad y libertad, o que el fascismo purificará a la sociedad, o que la democracia le dará poder a la gente, o que la ciencia le da a la humanidad el poder para inclinar a la naturaleza a su voluntad.

Zigmunt Bauman

La ciudad, cualquiera que sea en el planeta, es un espacio de transformación e identidad; contiene frustraciones, orgullos y deseos de sus habitantes, protege y da ánimo o frustra.

La ciudad tiene también una historia, antigua, cuyo orden expresa lo divino; pasando por la ciudad asentada en la tradición, hasta llegar a la ciudad moderna planificada desde un poder central y tipificada por la noción de orden, que en la obra de Bauman adquiere una importancia fundamental: «Orden significa un entorno regular, estable, para nuestra acción; un mundo en el que los grados de probabilidad de los acontecimientos no se distribuyan al azar, sino que se organicen según una estricta jerarquía – de modo que determinados acontecimientos tengan grandes probabilidades de producirse, otros sean menos probables y otros prácticamente imposibles»¹

La ciudad acepta a la masa, al tumulto, le permite al individuo mantener un anonimato aparente, dejando el rastro de la antigua aldea en la barriada, que hoy tiende a desaparecer ante los nuevos modelos de ocupación habitacional generalizados en el mundo, y en los que el ciudadano pierde los contactos con la colectividad; se torna en una ausencia de reconocimiento en lo colectivo. Paso de la modernidad a la condición posmoderna, época en la cual se trastocan los signos, las cosas, y los seres pierden sus referentes como lo planteaba Antonin Artaud en los años treinta del siglo pasado y, más temprano, Marx al considerar la objetualización del mundo a través del fetichismo de la mercancía; esta condición será retomada por Bauman bajo el concepto de modernidad en su fase líquida: «el mundo construido de objetos durables ha sido reemplazado

con productos desechables diseñados para su obsolescencia inmediata»². Vale la pena anotar que esta situación ha sido denunciada desde las más diversas perspectivas: «Desde el 28 de enero al 2 de febrero de 1999 se celebró en Davos Suiza, el Foro de la economía mundial, que reunió a más de mil presidentes ejecutivos, trescientos responsables políticos y otros tantos expertos venidos del mundo entero. La angustiada conclusión de dicho foro fue que a comienzos de 1999 nos encontramos en un mundo flotante. Todo flota: las monedas, los estados, las empresas y los espíritus».³

Para el siglo XXI, los análisis en torno al ser urbano, son de importancia para el ciudadano, que sin saberlo, sin analizarlo muchas veces, se mueve y habita en la urbe, como en un nicho de la antigua tribu, con los espacios cada vez más limitados, y conviviendo con los temores de la noche al culminar las jornadas laborales, con los que se convierte el ciudadano de la calle, en una presa de la incertidumbre. Zygmunt Bauman considera el temor a las calles, en ciudades europeas como la política del miedo cotidiano: «El estremecedor y perturbador espectro de las «calles inseguras» aleja a la gente de los lugares públicos y le impide procurarse las artes y oficios necesarios para compartir la vida pública».⁴

La ciudad avanza o decae de acuerdo con los hechos sociales que cobija; se deconstruye según sus nuevos migrantes; de acuerdo con sus lugares de origen, las urbes se transforman, y sus habitantes retoman viejas prácticas o nuevos derroteros; pero, a pesar de todo, la ciudad está activa. Las construcciones la cambian, la modernización la asecha y los ciudadanos la ven de una manera particular; es grata o decadente, cuando se rompe como una calle abandonada, o una vía mal cuidada por el robo paulatino de

¹ Zygmunt BAUMAN, *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Akal 2001, p. 15.

² BAUMAN. Citado por Paola Castaño «Zygmunt Bauman y el problema del orden: una mirada sociológica a la modernidad y la posmodernidad». En Revista colombiana de sociología. Bogotá: Universidad Nacional, 2005, p. 285.

³ Gerard VINCENT. Epílogo al tomo 5 de *Historia de la vida privada*. Barcelona: Taurus, 2002, p. 586.

⁴ Zygmunt BAUMAN. *Modernidad líquida*. Argentina: FCE, 2003. p. 102.

sus tapas de alcantarilla. La ciudad depende igualmente de los políticos, quienes pueden estar de cuerpo entre nosotros y sus deseos de vivir en Miami. Los pobladores aportan sus impuestos, esperan, se mueren soñando los espacios y la luz nocturna, los parques y los espacios al margen de la red de delincuentes que la dominan. El hábitat posmoderno es uno en el que, en su experiencia, los individuos ya no saben qué esperar.

Analizando el caso de la ciudad de Bogotá en un pequeño lapso de duración: de acuerdo con el periódico *El Tiempo* en su edición especial de 1996 sobre la seguridad en la capital de Colombia, se destaca como para el año de 1995 se consideró a la Ciudad como la más insegura del país. Así lo demuestran las cifras reveladas. Según estadísticas oficiales, Bogotá alberga el 14,6 % de los colombianos, en sus calles se cometieron en el citado año el 43,7 por ciento de los delitos contra la propiedad de todo el País. Entre enero y mayo de 1996, 1.225 personas fueron asesinadas, 111 sucursales bancarias fueron asaltadas y 3.398 bogotanos denunciaron el robo de su vehículo. En 1995, se presentaron diariamente 38 atracos callejeros, 19 asaltos a residencias, 21 robos de carros, 1 atraco bancario y 9 personas asesinadas. En total, según la Dijin, se cometieron 45.982 delitos contra la propiedad durante el año 95 y los ladrones se llevaron 142.080.387.773 pesos.⁵

¿Pero a qué se deberá tanta inseguridad? El 21 de febrero del 2004, anotaba el periódico *El Tiempo*, más de tres millones de bogotanos se encontraban en condiciones de pobreza; de ellos, un millón 400 mil en niveles de indigencia. En el día el alcalde Garzón lanzó el programa «Bogotá sin Hambre» como parte

de la estrategia para mitigar el fenómeno. A pesar de que la ciudad cuenta de acuerdo con el documento de *El Tiempo*⁶ con la mejor cobertura de servicios públicos, que contribuyó a mejorar la calidad de vida de los bogotanos, se esconde otra realidad anotada por los periodistas Gómez y Cortés, que no se hizo visible hasta la campaña electoral.

En el proyecto «Bogotá Cómo vamos» se anota que «*el 49 por ciento de la población (3 millones 366 mil personas) se encuentra en condiciones de pobreza y que el 17 por ciento de ellas (1 millón 140 mil) bajo la línea de indigencia*»; por otra parte se destaca que el 30,3 por ciento de la ciudadanía no alcanza a cubrir los gastos mínimos con sus ingresos, y «*que en la concentración de ingresos en Bogotá, los ricos tienen ingresos 56 veces más altos que los pobres; además se anota que un millón 600 mil personas entre 5 y 43 años no pueden estudiar*». Estas condiciones registradas en Bogotá, son exageradamente altas comparadas con las registradas actualmente en el Viejo Mundo donde, de acuerdo con Bauman, en Europa: «*Según unos cálculos prudentes y en cualquier caso conservadores, la rica Europa cuenta entre sus ciudadanos a unos tres millones de personas sin techo, a veinte millones expulsados del mercado de trabajo y a treinta millones que viven por debajo del umbral de la pobreza*».⁷ La situación presenta verdaderos e inquietantes preguntas ante la vida en el mundo global; considera, además, el citado sociólogo que «*La riqueza actual de los 358 máximos «mil millonarios mundiales» equivale a la riqueza combinada de los 2.300 millones de los más pobres (el 45 por ciento de la población mundial)*».⁸

Por ello, para Bauman, las finanzas mundiales, el comercio mundial y la industria

⁵ *El Tiempo* 2004, febrero 27, p. 2.

⁶ *El Tiempo* 2004, febrero 27, p. 2.

⁷ Zigmunt BAUMAN,- *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra, 2001, p.101.

⁸ BAUMAN. Op. Cit., p. 101.

de la información mundial dependen para su libertad de movimiento y para actuar sin restricciones en pos de sus fines de la fragmentación política del escenario mundial. Los dos elementos claves en su modelo de la posmodernidad son el capitalismo global y el individuo aislado; mientras el capitalismo abarca todo el globo, las personas están descubriendo que son extraños, cada uno perteneciendo a un distrito único, el yo.

El capital mundial, se puede decir, ha desarrollado un interés personal en unos «estados débiles», es decir, en unos estados que son *débiles* pero no obstante siguen siendo *estados*.⁹ Entonces, pienso, habitamos en un planeta lleno de terror, fuerte y débil, de acuerdo a los poderes de las grandes trasnacionales, de los estados capitalistas dominantes y subyugadores de sus habitantes.

Las cifras no son alentadoras para los ciudadanos, en cualquier rincón de la tierra; aunque sabemos, realmente, cuáles son las razones, fuera, está, del desempleo y la pobreza manifiestas por miles de motivos; considero que al margen de las explicaciones más valederas y cotidianas, existe un sustrato político.

En parte para Bauman: «*los habitantes de la ciudad, los seres urbanos voluntarios o no, están estratificados según el grado en que pueden hacer caso omiso de la presencia de extraños y desactivar los peligros que acarrea dicha presencia*». ¹⁰ Entonces lo que pasa es que los recursos necesarios para hacer precisamente eso están desigualmente distribuidos entre los habitantes de un país especialmente entre los urbanos.

La identidad urbana

Por otra parte conocemos históricamente que desde los asentamientos humanos más antiguos que dieron forma a las aldeas para

llegar a las megalópolis del siglo XXI, el hombre ha tratado, por sobre todas las cosas y situaciones, de dejar huellas de su paso en la urbe que habitó y caminó. La identidad urbana, por ello, es como un sello que pervive en sus habitantes o se debe hacer el esfuerzo para que sus permanentes inmigrantes lo sientan así y no la vean como un centro anárquico, en el que domina la ley del más fuerte.

Los símbolos plasmados o no, resaltados en grandes obras de infraestructura o en símbolos de autoridad que se conjugan con ella son la imagen del extranjero (considerándolo como el que llega y no es de ella) y los cuales son los que quedan en el imaginario de todos; es el referente a citar y mencionar por la historia. «La Atenas de Suramericana» por ejemplo, es una imagen de cultura de tiempos pasados que perduró en los viajeros extranjeros a mediados del siglo XX. Esa era Bogotá, aunque no tuviese monumentalidad ni grandes construcciones, y fuera a nivel arquitectónico sólo un pueblo con rezagos coloniales o una aldea en proceso a lo urbano, con un tranvía por el eje central y una población vestida con atuendos de negro, gabardinas, chales, sombreros. Ciudad enclavada en los Andes.

Los modelos urbanos en América, donde se creó una ciudad colonial, administrativa, más no un espacio consagrado a resaltar los valores de sus moradores, ha conllevado a que crezca por obra y gracia de la improvisación y la ocupación de masas campesinas siempre huyendo de las violencias del campo, a ser una ciudad que comenzó a crecer desordenadamente.

En el principio las aldeas o poblados dispersos presentaban y tenían sus símbolos de poder, es así como se denominaron con gran holgura los poblados de los muiscas como valle de los alcanzares; en las sociedades de

⁹ BAUMAN, Op. Cit., p.101.

¹⁰ BAUMAN, Op. cit., p. 105.

horticultores antropófagos se les llamó pueblos con plaza y empalizada; la plaza era el centro de actividad social¹¹. Hoy la connotación de ésta es de un parque con un árbol, unos pasamanos y un paradero de bus que la rodean, desapareciendo el espacio urbano en los barrios, o sea el espacio común de encuentro, discusión o paseo. En últimas, el espacio está limitado, pero en igual medida en un problema general, por ello anota Bauman que «*Muchos residentes de la ciudad contemporánea se quedan sin una viable «estrategia de evitación» y con gran frecuencia tienen que limitar su mapa de espacio «visible» (o mejor dicho «público»: libremente accesible) a una zona estrictamente circunscrita y convertida en gueto. Como mucho, pueden tratar de mantener al resto de los habitantes de la ciudad fuera de sus límites»*¹²

En la actualidad la ciudad ha acumulado las normas urbanas más descontroladas, analizadas por el urbanismo, gracias a la acción desmedida del consumismo global y a la corrupción administrativa que nos llevará a vivir entre la basura, el plástico y el hacinamiento: «*La posmodernidad debe ser entendida como la irrevocable instalación de la contingencia y la ambivalencia en el centro de la vida social, como el tiempo en el que es necesario aprender a vivir en un mundo irremediamente ambiguo, en lugar de tratar de erradicar la ambigüedad»*.¹³

El investigador Hughes al comparar las urbes actuales con las del pasado anota:

Las primeras ciudades parecen haber compartido algunos de los problemas que han llegado hasta hoy en las urbes modernas. Babilonia, la ciudad más grande de la zona en su época, con una muralla de más de dieciocho Kilómetros de perímetro, incluido el

suburbio, sería de tamaño moderado comparada con las ciudades actuales; pero el hecho de haberse encontrado calles angostas y cuartos pequeños en casas apiñadas dentro del límite de las murallas defensivas demuestra que el hacinamiento en las ciudades antiguas fue muy grave.¹⁴

Además resalta el citado investigador como la basura que es tema controversial en el mundo contemporáneo, se acumulaba en las viviendas, los pisos de tierra se elevaban continuamente por los escombros, y los desperdicios humanos rara vez eran llevados, más allá de la calle más cercana. Lo más probable es que el agua de pozos, ríos y canales, estuviera contaminada.¹⁵



¹¹ Raphael GIRARD. *Historia de las civilizaciones antiguas de América*. Madrid: Hyspamerica, 1976, p. 206.

¹² BAUMAN. *La sociedad individualizada*. Madrid: Catedra, 2001, p. 105.

¹³ Paola CASTAÑO. «Zygmunt Bauman y el problema del orden: una mirada sociológica a la modernidad y la posmodernidad». En *Revista colombiana de sociología*. Bogotá: Universidad Nacional, 2005, p. 284.

¹⁴ Donald HUGHES. *La ecología de las civilizaciones antiguas*. México: FCE. 1981, pp. 56-57.

¹⁵ HUGHES. Op. Cit., pp 56-57.

En parte todo esto conllevaba a que la expectativa de vida fuera corta, debido, en gran parte, a la alta mortalidad infantil. Además como síntoma del decaimiento urbano, de la acumulación de desechos en la ciudad las moscas, roedores, y cucarachas constituían plagas permanentes. Para Hughes: «Ya existía la contaminación del aire: además del polvo y los olores ofensivos, la atmósfera se llenaba de humo en los días calmados»¹⁶; en Bauman esta connotación llega a extremos tales que parasita los ámbitos de lo humano, al encontrar en las sociedades y urbes posmodernas grupos de seres humanos que son considerados como objetos, como basura: *desechables*, término que ha hecho carrera en la sociedad colombiana.

Los símbolos del poder

Los gobernantes egipcios, en el período de Tutmosis I, tomaron a Tebas durante varios siglos como la ciudad que se debía mostrar, esta capital como lo anota Asimov llenaba de orgullo al pueblo, ya de un sentimiento de poder para ellos y desanimo para los enemigos, puesto que estos juzgan el poder por la magnificencia: «*Las ciudades magníficamente embellecidas presentan una «imagen» importante y desempeñan un papel en la guerra psicológica. En la época moderna, Napoleón III embelleció París por esta razón y hace unos años las potencias occidentales, antes de la unificación Alemana, promovieron deliberadamente y por cierto, con notable éxito la prosperidad de Berlín Occidental con el objeto de minar la moral de la Alemania Oriental*». ¹⁷

Por otra parte, recordemos que en los comienzos del Imperio Romano, cuando algún fino o acomodado provincial llegaba a la capital Roma, -anotó Ortega y Gasset- por ejemplo Lucano o Séneca: «y veía las majestuosas

construcciones imperiales, símbolo de un poder definitivo, sentía contraerse su corazón. Ya nada nuevo podía pasar en el mundo. Roma era eterna, Y si hay una melancolía de las ruinas, que se levantan de ellas como el vaho de las aguas muertas, el provincial sensible percibía una melancolía no menos premiosa, aunque de signos inversos: la melancolía de los edificios eternos.»¹⁸

En la colonia americana, y períodos posteriores, la ciudad creció como un gran latifundio en manos de los herederos de los títulos nobiliarios y comerciantes que vivían con la cabeza en Europa, y nunca pensaron en el paso a lo urbano de sus tierras. La vida se compartía entre el poder de la ciudad y las actividades campesinas, la incipiente industria fue en gran medida cambiando el esquema de la ciudad que se perfilaba como un centro de educación, actividad política y religiosa de un extenso estado en el que no se conocía en su proyección.

Los modelos urbanos en muchas partes de América, quizá donde se creó una ciudad colonial, administrativa, más no un espacio consagrado a resaltar los valores de sus moradores, han crecido por obra y gracia de la improvisación y la ocupación de masas campesinas que adoptaron sus nichos en el gran plan de nadie.

Bogotá es un campo de improvisación de modelos, modelos de ver y no planear, soñar con las ciudades ajenas y esperar que el sueño algún día surja de la nada en la capital; por ellos abundan las mallas, cercas, alambradas y calles privadas, siendo espacios públicos. La ciudad como prisión, espacio de «los no lugares», pérdida de los campos de socialización, grandes supermercados y espacios, mensajes de no irás, de no pases. Bauman considera que

¹⁶HUGHES. Op. Cit., pp. 56-57.

¹⁷Isaac.ASIMOV. *Historia de los Egipcios*. Madrid: Alianza Editorial, 1993. p. 86.

¹⁸ORTEGA Y GASSET. *La Rebelión de las masas*. Madrid: Espasa Calpe, 1984, p. 83.

las famosas «zonas de no ir» tienen un aspecto diferente según desde qué lado uno las mire: para los que tienen la suerte de circular por fuera son «zonas de no entrar» pero para los que están dentro «no ir» significa «no salir», paradoja de una nueva dialéctica contemporánea. El resto de los habitantes de la ciudad, que gozan de la libertad de rodear zonas que no desean visitar, pueden, con un poco de cuidado, eliminar a los habitantes del gueto del inventario de extraños que tienen probabilidades de encontrarse». ¹⁹

La política norteamericana de Bush y sus aliados europeos, australianos y Saudíes entienden todo esto, y han creado por ello, en Bagdad, dos ciudades: la verde y la de afuera, con dos mundos que no existían antes de ellos. La información de prensa muestra, por otra parte, la desigualdad dominante en las ciudades sometidas y los diversos criterios de manejo por parte de las fuerzas extranjeras, quienes las dividen, generando diferencias no usuales, las occidentalizan al máximo, las sumergen en la línea de lo posmoderno: «*Dentro de la muy fortificada Zona Verde, un grupo de prominentes iraquíes luchó durante una semana para completar la nueva Constitución de Irak, mientras discutían el significado preciso de palabras como «Islam», «federalismo» y «nación», entre tanto en la calle se manejaba en la jerga popular una nueva palabra «allas» palabra que denota a un iraquí que conduce a un grupo de asesinos hacia su víctima, normalmente por un precio.*» ²⁰ Bauman, ve espacios vacíos y ciudades cercadas a manera de guetos en todo del mundo; visión interesante del papel que se han abrogado los Estados Unidos actualmente. En la historia de la humanidad vemos como la ciudad surge, crece, decae, es tomada y es abandonada por factores diferentes al comportamiento de sus ciudadanos permanentes. La

ciudad depende, cuando no es gobernada, de la voluntad de los capitales, de los constructores que determinan el grado de habitabilidad a que serán sometidos sus residentes. Las políticas urbanas por lo general se crean al margen de sus residentes, a escondidas de la colectividad, como si en el trasfondo del asunto estuvieran los planificadores copiando ciudades al futuro, creando ciudades fantásticas llenas de pobladores marginales presos de la compulsión poscapitalista.

Entre la simbología de poder en las ciudades, se ha destacado la policía con la emblemática y la calidad externa de ropaje, que es un símbolo de autoridad en las calles; debe ser en nuestras ciudades un estamento con definición de claridad urbana y no, como se presenta en la actualidad, como una fuerza de choque permanente en el campo y la ciudad. Las fuerzas de choque como tales no deben ser una galería de monstruos urbana que intimida al peatón en los estados modernos, en los que sus «élites» saben de acuerdo a lo escrito por Canetti que «*Una manera importante de lograr el control del pensamiento consiste no en asustar o amenazar a las masas, sino en invitarlas a identificarse con la elite gobernante y gozar indirectamente de la pompa de los acontecimientos estatales. Espectáculos públicos como procesiones religiosas, coronaciones y desfiles de victoria operan en contra de los efectos alienantes de la pobreza y de la explotación*» ²¹, contrapunteo entre el terror y la fascinación.

La nuestra es una época proclive a los chivos expiatorios —ya se trate de los políticos que hacen de sus vidas privadas un desastre, de los criminales salidos de la sordidez de calles o de barrios peligrosos, o de los «extraños entre nosotros»—. La nuestra es una época de cerraduras patentadas, alarmas antirrobo,

¹⁹BAUMAN. *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra, 2001, p. 106.

²⁰Dexter FILKINS. «Guerra de palabras adentro y guerra real afuera». *The New York Times*. En *El Tiempo*, domingo 21 de agosto de 2005.

²¹Marvin HARRIS *Antropología cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, p. 353.

cercas de alambre de púas, grupos vecinales de vigilancia y personal de seguridad; asimismo de prensa amarillista de «investigación» a la pesca tanto de conspiraciones con las que poblar de fantasmas un espacio público ominosamente vacío como de nuevas causas capaces de generar un «pánico moral» lo suficientemente feroz como para dejar escapar un buen chorro de miedo y odio acumulados.²²

Aquí me pregunto, si Bauman fuera consecuente y no solamente relator de las situaciones de la vida que conocemos, y padecemos, debería, en cierta medida, liberar la religiosidad única de la tragedia y exigir a gritos a contrarios, a académicos, a políticos expectantes del futuro, a estar preparados al devenir al que nos conduce el capitalismo.

Diagnosticar la vida de la ciudad

Se puede, de acuerdo a las condiciones actuales de desarrollo urbano, hacer un diagnóstico de vida en las ruinas de una ciudad joven en el caos y el abandono, fruto de sus habitantes y gobernantes. Para efectuar dicho diagnóstico no tenemos que recurrir a cartas astrológicas, ni dictámenes de agencias especializadas, puesto que los recursos para la descripción son abundantes y permanentes, como se ve a diario en la prensa y la vivencia. Nos falta es quizá ordenar parte de la información desde un punto de vista nuevo para poder digerir el caos y cambiar las normas o mejor crear nuevas normas para desarrollar planes urbanos. Existen laboratorios vivos en la ciudad, representados por barrios como la Candelaria, el Santa fe, la Soledad, en los que

se puede recoger la evidencia del fracaso urbano, y mostrar cómo sectores tan importantes como el segundo se convirtieron en la tierra del olvido y no en los grandes centros que dieran a la ciudad la identidad. Por otra parte es interesante ver cómo ni los chinos crearon su propio barrio, ni los turcos el suyo, como si todos viniesen de paso. Los sectores clásicos de la urbe quedaron en manos de inquilinos y se fueron convirtiendo en las zonas de abandono y delincuencia.

El concepto que se impone actualmente es el de ciudad-bricolage: «*La ciudad nueva contemporánea se escapa, gracias a su nueva y estructural determinación o ambigüedad, a los intentos de comprensión y de interpretación totalizadores, tanto de los expertos, como de sus habitantes,...* Lo contingente, lo fragmentario, lo relativo, lo temporal devienen, aunque sólo murmuradas, palabras claves de la nueva planificación urbana.»²³

La ciudad latinoamericana aparece como una mezcla de diversos tipos de vida; en el caso de Bogotá, los ejes norte –sur, plantean una diferenciación bastante clara en los aspectos socio-económicos y los modos de vida. El centro antiguo colonial, encarna un pasado y un centro fuerte de manejos de poder económico y político; es en este sentido que los análisis de Bauman son valiosos, pero muestran también una gran debilidad, ya que ninguna sociedad vive en estado puro la posmodernidad y mucho menos el mal llamado tercer mundo: deviene así la ciudad como un sistema anárquico y arcaico de signos y símbolos: «*Ya no existen agentes considerados capaces de ordenar jerárquicamente símbolos, valores, culturas. Le deslegitimación de los códigos culturales es un fenómeno de masa incesante, incluso también porque se autolegitima como crítica práctica a la tradición.*»²⁴ **BU**

²²Zigmun BAUMAN. *Modernidad líquida*. Argentina: FCE, 2003, p. 44.

²³Giandomenico AMÁNDOLA, *La ciudad postmoderna*. Celeste 2000, pp. 72-73.

²⁴AMÁNDOLA, Op, cit., p. 74.